

Esta vertiente antropológica nos dice hasta qué punto es la palabra depósito de conciencia e implicación de tiempo. La diacronía demuestra que «la hora verbo», el presente, nunca surge con el mismo rostro en la percepción sensitiva. Fuera del *hic et nunc* descubrimos el trascendental de las operaciones conscientes. Dentro del espacio y del tiempo percibimos la eclosión del punto. La historia del lenguaje descubre el grado de aproximación al centro.

Tales consideraciones explican por qué se opone Valle al castellano de su época. Desconectado del momento presente, ve en él una concepción anticuada del mundo. Frente a lo vivo de la palabra, ofrecen los castizos su «relicario». El mar es histórico. Viene desde Fernando V, que rompe una «tradición campesina, jurídica y antrúeja» en pro de una latinidad renovada con la imagen de Roma y del latín en el suelo de las Españas y en la voz de Castilla. Esto produce una literatura «jactanciosa y vana», incluida, ¡nada menos!, la Edad de Oro.

Tal planteamiento coincide con el rechazo barroco de A. Machado. Valle replica con propósitos de identidad: replegarse en lo propio, oponerse al estatismo verbal, a la fosilización del tiempo y buscar en la tradición la esencia del futuro, sin caer en el tradicionalismo. Desentrañar la *energía* de lo sucesivo. El futuro está en la semilla del pasado.

Pudiera parecer que sólo atiende al punto de partida y no al potencial erótico de la visión consciente. Valle enuncia aquí una evidencia lingüística: no hay sincronía sin diacronía. En todo presente late la semilla de la presencia. Es cuestión de enfoque, de no perder el centro.

El ejemplo histórico de este contraste lo sitúa en el romance, tiempo fundacional, y el barroco, tiempo imperial. Remontando aún más, en Grecia, visión de águila, y en Roma, el topo, la «ciencia de los oídos». El ritmo délfico de los ojos cuajó en «sutil aprender de topos». De éstos es el conocimiento filológico y significativo, estático, de la existencia. El griego se alzaba sobre las cumbres, luz del ver y oír, del sol. Revelaba lo que veía. Los latinos, en cambio, «quisieron revelar el secreto de un mundo que no sabían ver». Frente a la cosmovisión, el recuerdo a través del hilo de las palabras.

En oposición parecida considera la montaña y la llanura. Allí sintetizamos y aquí nos dispersamos. Síntesis estética de visión y oído fue para Valle la figura de Homero. *Heliotropos* debieran llamarse, dice, sus versos: «en la música de las palabras hizo arder la corona del sol».

La vertical mira al centro, se asocia a la montaña, a la quietud, a visión integradora. Es el espíritu helénico. En la horizontal del llano sólo brotan «cardos del quietismo». Valle la sitúa en la pampa argentina. Sin embargo, el trasfondo incita a pensar en el contraste aticismo-retoricismo, intuición helénica y llanura versal del hexámetro, de la «acies» romana, que tanto designa la agudeza de ingenio como la disposición lineal de los ejércitos imperiales en orden de batalla. Agudeza extensiva, imperial.

En esta síntesis apreciamos un sentido profundo del fenómeno poético. El oír sustituyó a la música del ver. Desde Roma, Occidente ve con los oídos. Vive del recuer-

do. Cuando ve, le despierta una voz perdida en eco, un mundo anunciado. El cristianismo heredó parte de esta visión acústica. ¿No son los Evangelios voz de una visión? Así también el verso y hasta la prosa, sobre todo al iniciarse el siglo veinte, la época de Valle. ¿No es la memoria el centro de la novela contemporánea? ¿No fue el romanticismo un intento de recuperar la visión helénica? Reléase la primera parte, «Combray», de «Du côté de chez Swann», donde Proust busca entre los hilos de la prosa la evidencia perdida de una identidad troceada entre los objetos. Huellas, sólo huellas.

En nuestros días, opciones de escritura como la de OULIPO o el epigonismo poun-diano, hasta los reflejos de Joyce, Cavafis y Saint-John Perse, se animan gracias a ese hilo conductor de la palabra que enhebra palabras. Recordamos el recuerdo mismo: retruécano de la literatura neoagramática por carencia de visión original y fundante. Por eso la caída en el nefasto culturalismo y sus rosas de papel mustio. Voz de voz, eco de eco, palabra por palabra. Palabrería.

La estética de Valle se clausura en síntesis teológica de visión mística. A la unidad de conciencia, acrónica, le corresponde el amor universal del Verbo, que aúna quietismo y panteísmo en cuanto forma —Demiurgo— y esencia: Paracleto.

En el principio es eros, simbolizado por el *logos espermático*. Le sigue la unión de contrarios y, finalmente, la intuición quietista. Son las tres rosas estéticas: erótica, clásica y del matiz. La una sella el futuro, la otra el presente y la tercera el pasado: Padre, Verbo y Paracleto. En consonancia y en el orden de Luzbel, sitúa la Carne, el Demonio y el Mundo.

No vamos a entrar en detalles de la «Exégesis Trina». No limitaremos a exponer, como cierre, esta conclusión. Sí queremos advertir, sin embargo, la afinidad de este esquema con otros afines de Filón de Alejandría y del neopitagórico Numenio de Apamea. Los dos introducen *logoi espermaticói* explicativos de la generación cósmica. Filón distingue además el *logos proforicós* y el *endiáctetos* o razón espiritual que le asiste en su proyección sobre el mundo. La palabra participa del sentido y del inteligible, es voz e intuición. Introducen ambos asimismo la división trina Dios o Padre, Hijo o Demiurgo y Mundo, según se trate de Filón o de Numenio.

Las dos últimas secciones, «El Quietismo Estético» y «La Piedra del Sabio», reorganizan en síntesis circular los esquemas precedentes, antropológico y teológico. Todas las posibles perspectivas se contienen en una esfera de círculos infinitos.

Valle reduce ahora a dos puntos de fuga primarios y a un símbolo todo el orden del conocimiento. Por una parte, la línea, que da origen a los moldes geométricos. Por otra, el tiempo, que tiene su estancia en la memoria. Al cristal, paralelo, de la letra sagrada, le corresponde el símbolo. En él transparenta la materia, como en la línea y en el tiempo, orden geométrico y mnémico, se hace visible el arcano de la conciencia. La línea es para Platón punto que vuela. El tiempo también se disuelve en otro punto fugaz. El saber consiste en una yuxtaposición de instantes. Retoma lo que había dejado en la epojé intuitiva para inducir sus esencias. De ahí que Valle proponga la visión del círculo frente a la lineal. Sólo es cognoscible lo que se replie-

ga. Al volver sobre sí mismos, los hombres descubren en el centro de la memoria la profundidad de la conciencia.

El orden hasta aquí esbozado es simple:

sentido    geometría (espacio)    memoria (tiempo)    círculo del conocimiento

La epojé espacio-temporal es aplicación reductiva del sistema de Eckhart —precedente de Kant—, aunque Valle dice deducir su estética de Molinos y Pico de la Mirándola. No entramos en las implicaciones molinistas de la memoria y el olvido, ni en el desasimiento de la codicia geométrica y mnémica o de la propiedad aprehensora de lo real. Valle sigue la línea mística del desasimiento para conseguir la intuición de esencia, donde coinciden la chispa del instante y el punto de lo eterno.

La conciencia transparenta todo. En ella se mueven quietamente los seres, como en el agua cristalina de los mares. Ese punto máximo de creación distingue «en la vana mudanza del mundo la eterna razón que lo engendra en cada instante». Es el signo hermético.

El repliegue que origina el círculo es paralelo en estética del repliegue autonómico de las formas, del símbolo. Amor y «voluntad eterna del mundo» coinciden. El signo poético se caracteriza por ser un volumen de resonancias vitales. Consta de alusión y alegoría. La estética es un trasunto vital del conocimiento. La vida trasciende para Valle más allá de los sentidos: es «instante infinitamente pequeño que vuela infinitamente, y crea el círculo eterno, que los sentidos no conocen jamás». Bajo este aspecto, estética y mística son cualidades perceptivas de la misma esencia: color y fragancia de la rosa.

Vemos cómo se concentra el espectro de las formas en un solo punto. La mónada encierra en sí todo el proceso de la creación. Valle resume precedentes filosóficos de Eckhart, Paracelso, Numencio de Apamea y una simbiosis ocultista y platónica referida al ritmo circular como resonancia común de los seres dispersos en el halo de sombra sensitiva.

Para explicar desde este enfoque esférico la conexión del mundo y de lo divino, recurre una vez más, nos parece, a la tríada neopitagórica y a las correspondencias de Paracelso. En Numenio, como en Plotino, las formas —los *logoi espermaticoi*— determinan el ser de las cosas. A su vez, Paracelso anticipa la mónada de Leibniz en la estructura del pensamiento organológico. El *limus* del hombre sintetiza materia y espíritu, cuerpo terrestre y astral. Creemos que en este mismo orden se consolida el símbolo trino del mundo o triple llama de Valle-Inclán:

|       |   |                 |   |            |
|-------|---|-----------------|---|------------|
| Barro | : | Forma           | : | Conciencia |
| _____ | : | _____           | : | _____      |
| Mundo |   | Verbo (del sol) |   | Dios       |

Compárese lo dicho con las siguientes palabras: «El limo se hace sagrado en la clara entraña del día al encarnar las celestes normas, y en el barro del hombre se redime la tierra de su oscuro pecado». La luz seminal de los neopitagóricos y neoplatónicos rescata a la materia de las sombras irracionales.

Quisimos anotar en estos comentarios las raíces de la estética de Valle. Recibidas directa o indirectamente del ocultismo y de la pansofía, remontan a los orígenes del pensar filosófico y teológico. Sus implicaciones demuestran la profunda preocupación del modernismo por darnos en la forma una visión del mundo. Nada menos que una reorganización del mundo. Queda visible asimismo la inquietud religiosa de este movimiento, que no puede explicarse sin el latido espiritual de la carne y del cosmos. Detrás del léxico, del ritmo, de la imagen, hay una operación traductora del sensible en ecos de ideas subyacentes.

Resaltamos el amanecer de un valor emotivo con implicaciones de responsabilidad, lo que conjunta a ética y estética en una praxis de gnosis poética. En esta dirección fueron también J. Ramón Jiménez y A. Machado. Ante la dicotomía de la libertad creadora y del compromiso responsable, Valle-Inclán intuye en el mismo acto numérico la razón ética y estética. Sin embargo, existe un orden de precedencia en la aurora del conocimiento. Leemos en la última sección del libro, «La Piedra del Sabio», que la belleza «es anterior a toda razón ética».

**Antonio Domínguez Rey**